

para criticar y reprender los vicios y preocupaciones mas comunes en la sociedad, procuró llenar este fin secundario con laudable zelo y discreto donaire, y con alusiones á sucesos ó personajes recientes, para que siendo mayor la curiosidad é interes, fuese tambien mas eficaz el remedio y mas pronta la curacion, aunque sin lastimar ni herir abiertamente el amor propio de los que se contemplasen reprendidos ó censurados, por el tono gracioso y aire caballeresco con que estaba cubierta y templada la reprehension ó la censura; de cuyo ingenioso modo de censurar y corregir los vicios nació el concepto de *agudísimo* con que calificaba á Cervantes su coetáneo Manuel de Faria y Sousa, añadiendo con referencia al QUIJOTE, *que apenas tiene accion perdida ó acaso, sino ejemplar, ó abierta, ó satírica, ó figuradamente*, como lo demuestra analizando el gobierno de Sancho, y como el Sr. Pellicer y el Dr. Bowle lo han declarado en varios lugares de sus comentarios y anotaciones. De aquí podrá inferirse cuan arbitrario fue el parecer de Voltaire cuando aseguraba que el tipo de D. QUIJOTE habia sido el *Orlando* del Ariosto, y cuan vano y sistemático el empeño del Sr. Rios en probar que Cervantes en su *Ingenioso hidalgo* se propuso imitar á Homero en su *Iliada*; ó el del Sr. Pellicer, que intentando invalidar esta opinion, pretendia hallar mas puntos de analogía y semejanza entre la fábula española y el *Asno de oro* de Apuleyo, dando lugar con estas paradojas á que algunos doctos españoles residentes en Italia, como D. Antonio Eximeno y otro anónimo, con pretexto de defender el primero á Cervantes, y el segundo de criticarle, se burlen de ver comparadas con el yelmo de Mambrino las armas que Tetis envió del cielo á Aquiles, las bodas de Cama-

cho con los juegos fúnebres de Patroclo y el aniversario de Anquises, la aparicion del clavileño aligero con la del Paladion troyano, el desencanto de Dulcinea anunciado por Merlin con la magnificencia del bosque encantado del Taso; y así de otros paralelos semejantes. Sin adoptar las opiniones magníficas de los unos, ni las criticas, acaso poco reflexivas de los otros, juzgamos imparcialmente y estamos persuadidos de que Cervantes habia leído y estudiado con aprecio estos insignes escritores, y tal vez adoptó é imitó de ellos algunos pensamientos y pasages, como el mismo Faria decia haberlos tomado tambien de Petronio y de Camoens; pero con aquel aire, desembarazo y soltura, con aquel ornato, oportunidad y elegancia con que saben los grandes maestros mejorar y hacer propios los pensamientos ajenos, sin que esto pueda obstar de modo alguno á la originalidad inimitable de la invencion, del artificio y encanto de la fábula del QUIJOTE; en la cual, tomando el aire y traza de las aventuras y heroes de la caballería, abrió su autor entre este linage de poemas y de las epopeyas mas famosas y celebradas una senda media que nunca toca en aquellos extremos, aunque tiene las calidades de ambos, como son plan, obstáculos y episodios, y ademas los modos de decir, los afectos, los caracteres y acontecimientos como las fábulas caballerescas, la forma, regularidad, interes, verosimilitud, sentencias, nudo y desenlace como los poemas épicos; y de propio caudal é ingenio la ironía picante, la gracia nativa y la sal cómica, que ni tuvo original hasta entonces, ni despues ha tenido imitadores.

110. Si los libros de caballerías se hubieran escrito de este modo, como deseaba y proponia Cervantes, ni hubieran merecido la reprehension ni el desprecio de los hombres mas doctos y juicio-

sos, ni provocado la burla y la sátira con que fueron tan graciosamente ridiculizados en el QUIJOTE. Materia y argumento amplio y espacioso ofrecían á la verdad para que un buen ingenio ostentase todos los tesoros de la imaginacion y de la filosofía, ya en agradables y magníficas descripciones, ya en la pintura y variedad de los caracteres, ya en la expresion de los afectos y pasiones, ya en la riqueza y pompa de la elocuencia y en la exactitud y propiedad del buen language: de modo que *con tal arte y reglas pudiera componerse un libro de caballerías que su autor se hiciese famoso en prosa como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina..... enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados.* Esto decia Cervantes al mismo tiempo que haciendo una imitacion burlesca y una sátira festiva de los mismos libros, se acreditaba capaz de ejecutar el plan que proponia, fijando de este modo no solo su perpetua celebridad, como la habian vinculado Homero y Virgilio en sus epopeyas, sino que ridiculizando todas las disparatadas novelas de caballerías, consiguió desterrarlas de la república como inútiles y perjudiciales, y substituir á su lectura desaliñada otra llena de gracia y urbanidad, de erudicion y enseñanza, de doctrina y moralidad: uniendo discretamente la utilidad y el deleite, en cuya acertada combinacion consiste la perfeccion de las obras de ingenio, segun el precepto de Horacio. Es digno de notarse con el padre Sarmiento, que mientras Cervantes hacia la guerra de esta manera y con tan buen éxito á los falaces y disparatados libros de caballerías, co-

menzaban á levantar la cabeza y propagarse las patrañas y embustes de los falsos cronicones en menzura de la magestad y pureza de nuestra historia. Lastimosa condicion de los hombres haber de andar siempre perdidos tras de fantasmas en lugar de realidades, y abuso abominable del talento en los que procuran desviar á otros del camino que conduce al conocimiento de la verdad.

III. Consecuencia del aprecio universal con que se recibió el QUIJOTE fue la persecucion que empezó á padecer su autor por la malicia y emulacion de algunos escritores que se creyeron comprendidos en las censuras y reprensiones de aquella obra. Viéronse ridiculizados en ella con graciosa ironía los autores de los libros caballerescos, y el enjambre necio de lectores que los apreciaban: censurados varios poetas en el ingenioso escrutinio de la librería de D. Quijote; y reprendidos y abochornados los escritores dramáticos en el juicioso coloquio del canónigo de Toledo, á la sazón que los apasionados de Lope de Vega, alucinados con su prodigiosa fecundidad, le separaban con insensatos aplausos del recto sendero de la razon y de la naturaleza de semejantes composiciones, despreciando y abandonando abiertamente las reglas y preceptos dictados por los venerables maestros de la antigüedad Aristóteles y Horacio. De estos resentimientos particulares nacieron las infinitas críticas é impugnaciones que padecieron así el QUIJOTE como su autor; y de este número fue aquel soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna que le remitieron dentro de una carta estando en Valladolid, y de que hizo memoria en la *Adjunta al Parnaso*. Otros dos sonetos se han publicado en nuestros tiempos con poca cordura y sobrada ligereza, atribuyéndolos á Cervantes y á Lope de Vega, de quienes ciertamente no son. El

primero, dirigido contra todos los escritos de Lope, es con seguridad de D. Luis de Góngora, propio de su genio mordaz y satírico, como lo expresan los dos códices de la biblioteca Real en que se ha conservado manuscrito; pero como este poeta para disimular su nombre usó de los versos cortados en los finales, de que habia sido inventor Cervantes, aunque imitado de otros inmediatamente, en especial del autor de la *Pícara Justina*, tomaron de aquí ocasion algunos de sus émulos para prohijarle una crítica tan opuesta á su caracter y á la grande estimacion que hizo siempre de la persona, del ingenio y de las obras de Lope, aun cuando reprendió sus extravíos; y bajo la sombra y pretexto de vindicar á este gran poeta escribieron el otro soneto (mal atribuido á Lope), zahiriendo y motejando al QUIJOTE y á su autor con expresiones las mas groseras é indecorosas: al modo que Avellaneda, aparentando defender á Lope de las ofensas que suponía se le habian hecho, derramaba impudente contra Cervantes toda la hiel de su punzante envidia y mordacidad. Ha sido por cierto doloroso que tamaña ligereza haya intentado en nuestros dias acreditar una lid y competencia de pasiones privadas y mezquinas que no existió jamas, y que por suponerse entre dos de los mayores atletas de nuestra literatura, ha provocado indiscretamente el encono de sus parciales y prosélitos, cuando es cierto que las públicas alabanzas con que ensalzaron reciprocamente sus obras y respectivo mérito dejaron ideas mas nobles de su juicio, imparcialidad é ilustracion.

112. Eran muchos los literatos y escritores que con motivo de la residencia de la corte se hallaban entonces en Valladolid, unos amigos, y otros émulos de Cervantes. Merecen lugar entre los primeros el famoso poeta Pedro Lainez, que fue el

Damon de la *Galatea*, y de quien hablaremos mas adelante: el maestro Vicente Espinel, que presenció allí las funciones que se celebraron por el nacimiento de Felipe IV, dejándonos una noticia circunstanciada de ellas en su *Escudero Márcos de Obregon*: el secretario Tomas Gracian Dantisco, de cuyo ingenio se valió la ciudad para la invencion y traza del magnífico carro triunfal que se sacó en las mismas fiestas: el Dr. Bartolomé Leonardo de Argensola, que tambien se trasladó á Valladolid, sin duda por la amistad del conde de Lemos, luego que murió en Madrid á 22 de Febrero de 1603 la Emperatriz Doña María de Austria, de quien fue capellan mientras vivió retirada en las Descalzas Reales: el benedictino Fr. Diego de Haedo, abad de Frómista, que teniendo concluida su *Historia de Argel* en 1604, solicitaba allí las licencias para imprimirla; y como en ella se daba noticia de algunos hechos del cautiverio de Cervantes, y este se preparaba á publicarlos tambien en la novela del *Cautivo*, es regular que ambos se buscasen para tratarse y confrontar sus respectivas noticias á fin de darlas mayor apoyo y recomendacion. Asi lo persuade la conformidad que tienen aun en el estilo y en la expresion; y asi lo creia el P. Sarmiento, que en prueba de esta conjetura añadía haber oído á un monge de su órden, cuando apenas llevaba tres años de hábito, la noticia que se conservaba por tradicion, de que un benedictino, hijo de Sahagun, habia ayudado á Cervantes á componer su D. QUIJOTE: especie incierta, pero que pudo tener origen de su trato, amistad y conferencias con el P. Haedo. Finalmente entre los segundos deben contarse D. Luis de Góngora, que, como hemos visto, todo lo notaba y zahería con su picante pluma; y el Dr. Cristóbal Suarez de Figueroa, natural de Valladolid, que habiendo

vuelto á su patria en 1604 despues de una larga ausencia, la encontró tan variada con las mudanzas ordinarias de los tiempos y el bullicio y boato de la corte, que se juzgó mas extraño en ella que pudiera en Etiopia. Ambos eran satíricos y maldicientes, y ambos lo decian sin rebozo, atribuyéndolo á su genio descontentadizo y natural humor; pero cuando cobarde y encubiertamente dirigieron contra Cervantes sátiras tan groseras y malignas, manifestaron bien que lejos de ser el zelo de corregir y mejorar los hombres el que las dictaba, eran solo las inspiraciones de la vanidad, los estímulos de su amor propio, y el agudo pesar con que miraban las glorias ajenas.

113. A esta época corresponde el nacimiento de Felipe IV acaecido en Valladolid dia de viernes santo, 8 de Abril del año de 1605: acontecimiento plausible para la nacion, que veia satisfechas sus esperanzas con el sucesor de tan vasta monarquía. Y como el deseo y la necesidad de la paz con Inglaterra hubiese obligado el año anterior á enviar á Lóndres para ajustarla al condestable de Castilla D. Juan Fernandez de Velasco, que fue recibido y obsequiado con la mayor pompa y magnificencia, aquella corte para ratificar el tratado mandó venir á España al almirante Don Carlos Howard, conde de Hontinghan, que acompañado de seiscientos ingleses desembarcó en la Coruña, y se dirigió á Valladolid, donde entró el 26 de Mayo, siendo recibido afable y generosamente de Felipe III. Tales circunstancias hicieron que el almirante presenciase el solemne bautismo del príncipe verificado en el convento de S. Pablo el dia 28 del mismo mes, y la salida de la Reina á misa el 31 á la iglesia de S. Llorente con gran magestad y lucido acompañamiento. Para dar mayor realce á unos sucesos tan agradables y venta-

josos á la nacion, se celebraron magníficas funciones de iglesia y otras cortesanas y muy ostentosas de toros, carros triunfales, vistosos saraos y máscaras en palacio, campamentos y ejercicios militares, fiestas de cañas, que jugó tambien el Rey, y otras tan nuevas y maravillosas, que *mostraron la grandeza y prosperidad de la monarquía española*, como dice Vicente Espinel, y *admiraron á los embajadores y al mundo*. Cítanse con singularidad entre los obsequios hechos al almirante ingles, despues de haber ratificado el juramento de las paces, los abundosos y espléndidos convites que le dieron el condestable de Castilla y el duque de Lerma, pues á la riqueza y buen gusto de los aparadores y bajillas se unió la muchedumbre y variedad de exquisitos manjares y bebidas, bastando decir que solo en la mesa del condestable se sirvieron mil y doscientos platos de carne y pescado, sin contar los postres ni otros muchos que quedaron por servir. Satisfecha de este modo la generosidad española, y habiendo concluido el almirante su comision, se despidió el 17 de Junio de los reyes, que le obsequiaron y regalaron sumtuosamente, y tomó el camino de Santander para regresar á su patria. Con el fin de perpetuar la memoria de tan señalados sucesos y de tan extraordinarias demostraciones de júbilo mandó el duque de Lerma, ó el conde de Miranda, presidente del Consejo, escribir una relacion, que se imprimió en Valladolid aquel año, y aunque sin expresar su autor, nos dejó bastantes indicios de serlo Cervantes el famoso poeta D. Luis de Góngora, que como testigo ocular compuso un soneto irónico y burlesco, en que haciendo una reseña de todas las funciones y de los motivos que las promovieron, criticó el lujo, la profusion y excesivos gastos que ocasionaron, sin olvidar el haber-

se mandado escribir tales hazañas á D. Quijote, á su escudero y al rucio, con satírica alusion y mordacidad al autor de aquella obra, que acababa de salir á luz con general aplauso de las gentes.

114. Apenas se habian concluido estos públicos regocijos, cuando un funesto é imprevisto acontecimiento vino á turbar la tranquilidad de Cervantes y de su familia. Seguía la corte un caballero navarro, de la órden de Santiago, llamado Don Gaspar de Ezpeleta, aficionado segun la costumbre del tiempo á justas, torneos y galanterías, el cual en la noche del 27 de Junio de 1605 se encontró junto á la puentecilla de madera del rio Esgueva con un hombre armado, que se empeñó en alejarlo de allí, por cuya razon despues de algunas contestaciones sacaron las espadas y se dieron de cuchilladas, quedando mal herido D. Gaspar, que comenzó á dar voces apellidando auxilio, y hubo de refugiarse con trabajo á una de las casas que estaban mas próximas. Cabalmente vivia en uno de sus dos cuartos principales Doña Luisa de Montoya, viuda del célebre cronista Estéban de Garibay, con dos hijos suyos, y en el otro Miguel de Cervantes con toda su familia. A las voces de D. Gaspar acudió uno de los hijos de Garibay, y viendo que se entraba en el portal derramando sangre, con la espada desenvainada en la una mano y en la otra el broquel, llamó á Cervantes, que estaba ya recogido. Entre ambos le subieron al cuarto de Doña Luisa de Montoya, donde se le asistió con cuanto fue necesario hasta que falleció en la mañana del 29.

115. Para la averiguacion de este caso se procedió á las diligencias judiciales por el Lic. Cristóbal de Villaroel, alcalde de casa y corte. El primer testigo que se oyó fue Miguel de Cervantes, en quien se depositaron los vestidos del heri-

do, y declaró en la misma noche, entre otras cosas, haber visto las heridas á D. Gaspar de Ezpeleta, sin que supiese ni la causa de ellas ni el agresor. Tampoco resultó uno ni otro, aunque declararon varios testigos; por cuyas declaraciones, y por la de María de Cevallos, criada del mismo Cervantes, se viene en conocimiento de que este tenia ademas en su compañía y entre su familia á su muger Doña Catalina de Palacios Salazar, á su hija natural Doña Isabel de Saavedra, soltera, de mas de 20 años, á Doña Andrea de Cervantes, su hermana, viuda, con una hija soltera llamada Doña Constanza de Ovando, de 28 años, y á Doña Magdalena de Sotomayor, que tambien se llama su hermana, y era beata, de mas de 40 años de edad.

116. Hubo sin embargo algunos indicios de que las heridas y muerte de D. Gaspar habian provenido por competencia de obsequios y galanterías dirigidas bien á la hija ó á la sobrina de Cervantes, ó bien á otras señoras de las varias que habitaban los dos cuartos segundos y otro tercero de la misma casa; por lo que fueron puestas en la cárcel diferentes personas, y entre ellas Miguel de Cervantes, su hija, su sobrina y su hermana viuda, á quienes tomó el juez sus confesiones en 30 del mismo mes de Junio. Preguntadas entonces si concurrían á su aposento D. Hernando de Toledo, señor de Cigales, y Simon Mendez, portugues, y con qué motivo, respondieron que el primero visitaba á Cervantes por conocimiento y por asuntos que tenia con él desde Sevilla; y el segundo por tratar igualmente de los suyos: añadiendo Doña Andrea que algunas personas entraban á visitar á su hermano por ser hombre que escribia y trataba negocios, y que dicho Mendez le había pedido que fuese al reino de Toledo á hacer cier-

tas fianzas para las rentas que habia tomado. De lo que se infiere que Cervantes se empleó en agencias durante su mansion en Sevilla, y que las continuó en Valladolid, tal vez como un arbitrio para mantener su familia.

117. Poco despues de recibidas las confesiones salieron de la prision bajo fianza Cervantes, su hija, hermana y sobrina; pero estas con su casa por cárcel, aunque luego parece que á sus instancias se les alzó la carceleria por no resultar en manera alguna culpables; y Cervantes entregó en 9 de Julio, como solicitó, los vestidos de D. Gaspar de Ezpeleta, que se habian depositado en su poder.

118. Es muy digno de notarse que en la misma casa, que estaba y aun está comprendida en la parroquia de S. Ildefonso, y cuyo dueño era Juan de Navas, vivian en los cuartos principales, como se ha dicho, la viuda de Estéban de Garibay y Zamaralloa, cronista y aposentador de S. M., y sus dos hijos, y Cervantes con su familia; y en uno de los segundos Doña Juana Gaitan, viuda del culto poeta y singular amigo de este escritor Pedro Lainez, pagador ó tesorero, que como tal habia seguido la corte á Valladolid, donde murió en el mismo año de 1605, dejando manuscritos dos libros de sus obras dedicadas al duque de Pastrana.

119. En el año siguiente de 1606 se restituyó la corte á Madrid, y es muy regular que la siguiese Cervantes, fijando su establecimiento en esta villa, no solo para continuar sus agencias, ó proporcionarse otros medios de subsistir, sino para estar mas inmediato á Esquivias y á Alcalá, donde tenia sus parientes. Asi lo testifican cuantas memorias se han conservado, de las cuales consta que á mediados de 1608 se reimprimió á su vista la primera parte del QUIJOTE, corregida de algunos de-

fectos y errores, suprimiendo unas cosas y añadiendo otras, con lo que mejoró conocidamente esta edicion, que por lo mismo es la mas apreciada de los literatos y bibliógrafos: que en Junio de 1609 vivia en la calle de la Magdalena, á espaldas de la duquesa de Pastrana: que poco despues se mudó á otra casa que estaba detras del colegio de nuestra Señora de Loreto: que en Junio de 1610 moraba en la calle del Leon, casa número 9, manzana 226: que en 1614 residia en la calle de las Huertas: que tambien vivió en la calle del Duque de Alba, próximo á la esquina de la del Estudio de S. Isidro, de la cual le desalojaron, habiéndose seguido autos ante la justicia sobre este desahucio; y finalmente que en 1616 habitaba otra vez en la calle del Leon, esquina á la de Francos, número 20, manzana 228.

120. Cervantes, anciano ya, reunido á toda su familia, escaso de medios para mantenerla, perseguido de sus émulos, desatendido á pesar de sus servicios y de sus talentos, y colmado de desengaños por su experiencia del mundo y conocimiento de la corte y de los cortesanos, abrazó desde esta época una vida retirada y filosófica, cual convenia á su situacion; y *volviendo*, como decia él, *á su antigua ociosidad*, se dedicó enteramente al comercio y trato de las musas para ofrecer despues al público nuevos y mas copiosos frutos de su ingenio y aplicacion, dando campo al mismo tiempo á la práctica de aquellas nobles virtudes á que le inducia su religioso corazon, y que sostenidas en su juventud con heróico denuedo entre infieles bárbaros y sanguinarios, debian brillar mas y mas en el ocaso de sus dias para ejemplo y confusion de sus émulos y detractores.

121. Estos principios le condujeron á alistarse en algunas congregaciones piadosas que se pro-

movían á la sazón con sumo zelo y eficacia, especialmente la que todavía existe en el oratorio de la calle del Olivar ó de Cañizares. Felipe III, príncipe devoto y timorato, la honraba y favorecía con su asistencia; y á su ejemplo el duque de Lerma, el arzobispo de Toledo y todos los magnates de la corte, los principales empleados, y los sabios y artistas mas distinguidos se apresuraron á entrar en el número de los cofrades. Uno de los primeros fue Miguel de Cervantes, que firmó su asiento de entrada en 17 de Abril de 1609, y á su imitación entraron sucesivamente Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo, el M. Vicente Espinel, D. Francisco de Quevedo, Lope de Vega, el M. Josef de Valdivieso, D. Josef Pellicer y Tobar, D. Juan del Castillo y Sotomayor, Miguel de Silveira, Vincencio Carducho, D. Jusepe Gonzalez de Salas, el príncipe de Esquilache, D. Juan de Solórzano Pereira y otros; sin que unos establecimientos tan piadosos se libertasen poco despues de la censura pública, ó porque su multiplicidad y abusos perjudicasen á la política, ó porque la presunción y liviandad de algunos jóvenes desdecía y los desviaba de su instituto. Se ha creído que entonces se incorporó tambien Cervantes, como lo hizo Lope de Vega, en la congregacion del oratorio del Caballero de Gracia, mientras que su muger y su hermana Doña Andrea se dedicaban á semejantes ejercicios de piedad en la venerable órden tercera de S. Francisco, cuyo hábito recibieron en 8 de Junio del mismo año.

122. Fue singular y muy constante el amor y estimacion fraternal que reciprocamente se conservaron siempre Cervantes y Doña Andrea. Esta, que era mayor de edad, se habia desprendido de su dote para rescatar á sus hermanos, y aun en-

tregó pocos años despues con el mismo objeto una corta cantidad de lo que pudo allegar para sus propias urgencias. Habíase casado tres veces, la primera con Nicolas de Ovando, la segunda con Sanctes Ambrosi, natural de Florencia, y la tercera con el general Alvaro Mendaño; y habiendo enviudado de todos, y quedado con su hija Doña Constanza del primer matrimonio, acogió Cervantes á las dos con mucho placer entre su familia, y le siguieron á Sevilla, Valladolid y Madrid, contribuyendo con sus labores y aplicacion á acrecentar los medios de su comun subsistencia. Tan recomendable conducta justificó el aprecio y consideracion con que siempre trató Cervantes á Doña Andrea hasta que falleció en su misma casa á 9 de Octubre de 1609, de edad de 65 años, y se enterró en la parroquia de S. Sebastian á expensas de su hermano.

123. Por este mismo tiempo habia recopilado Frey Juan Diaz Hidalgo, del hábito de S. Juan, las obras poéticas que andaban dispersas y sumamente incorrectas en las copias del ilustre D. Diego Hurtado de Mendoza, á quien por su elevada clase, por las importantes comisiones que desempeñó, y sobre todo por su vasta erudición y delicado gusto en las letras humanas, miraron con gran estimacion y sumo acatamiento los literatos de su siglo, y el mismo Cervantes habia honrado su memoria en dulces himnos y sentidos discursos que puso en boca de los principales interlocutores de su *Galatea*; y consecuente en este concepto quiso ahora con motivo de la publicacion de sus poesías renovar aquellos incienso y expresiones en un soneto dirigido á elogiar el mérito de tan digno escritor, y acrecentar su bien adquirido renombre.

124. Muy justo y merecido era el que ya en-

tonces se había granjeado el conde de Lemos Don Pedro Fernandez de Castro como el Mecenas de la literatura, la que cultivaba con afición, y protegía con empeño y generosidad. Acababa de ser nombrado virey de Nápoles en 1610, cuando murió su secretario Juan Ramirez de Arellano; y en la misma noche escribió el conde á los Argenso-las, que residian en Zaragoza, y con quienes mantenía estrecha amistad, ofreciendo á Lupercio la secretaría de estado y guerra del vireinato, con especial encargo de que llevase consigo á su hermano el rector de Villahermosa. Aceptaron ambos tan distinguido ofrecimiento, y vinieron á Madrid donde tuvieron comision de buscar y proponer los oficiales para la secretaría. Deseando corresponder á esta confianza, lisonjeando la inclinacion del virey, eligieron entre varios poetas y literatos los que juzgaron mas aptos para el despacho de los negocios, y para sostener al mismo tiempo las academias y representaciones poéticas que el conde meditaba establecer en su palacio; y con estas miras y otras de amistad y particular consideracion llevaron en su compañía al Dr. D. Antonio Mira de Amescua, arcediano de la catedral de Guadix, su patria, insigne poeta cómico y lírico; á Gabriel de Barrionuevo, celebrado por sus sazoados entremeses; á D. Francisco de Ortigosa, singular y desgraciado ingenio; á Antonio de Laredo y Coronel, de felicísima vena; al hijo de Lupercio, llamado D. Gabriel Leonardo y Albion; á Fr. Diego de Arce, franciscano, natural de Cuenca, obispo electo de Tuy, confesor del conde, escritor docto, y muy aplicado á recoger los libros mas raros y exquisitos de nuestra literatura; y á otros sugetos de igual nombre y buena reputacion: no logrando sin embargo satisfacer el anhelo de todos los que solicitaban

acompañar á Italia al nuevo virey, y disfrutar su aprecio y generosa proteccion.

125. Había gozado de ella hasta entonces el poeta Cristóbal de Mesa por influjo del mencionado secretario; y apenas comenzó á susurrarse el nombramiento del conde para el vireinato le pidió Mesa encarecidamente en una epístola que le llevase consigo; pero no pudo conseguirlo, ya por la falta de su amigo y favorecedor Arellano, y haberse mudado de resultas la servidumbre del virey, ya por haber dejado de concurrir á su casa en cinco meses, á causa de una enfermedad que le impidió presentarle las composiciones en verso y prosa que antes acostumbraba. Sintió mucho este desaire, atribuyéndolo á infidelidad ó emulacion de los nuevos familiares de quienes se había rodeado el conde, que estorbaban á los demas el acceso á su persona rezelosos de que los alejasen de la privanza: quejas que, como veremos despues, tenía tambien el Dr. Cristóbal Suarez de Figueroa. Pero Mesa no las disimuló al mismo virey, exponiéndolas con claridad en otra carta; añadiéndole que algunos de los españoles de quienes hacia tanta estimacion no merecian llegar á la falda del Parnaso, como lo conoceria bien en Italia, donde la poesía y el buen gusto estaban mas adelantados, pues sin embargo de que él había tenido en España por maestros á Francisco Pacheco, Hernando de Herrera, Francisco de Medina, Luis de Soto, y al insigne humanista Francisco Sanchez de las Brozas, tuvo cuando pasó á aquel país y trató al Taso cinco años consecutivos que variar de estilo y método en sus obras. Ofrecia además al virey en la misma carta la traduccion de la *Eneida* de Virgilio que estaba trabajando; pero ó fuese resentimiento de haberle faltado su proteccion, ú olvido de su promesa, lo cierto es que

no la cumplió cuando dió á luz aquella obra en el año de 1615.

126. Cervantes, amigo de los Argensolas, á quienes habia tratado con familiaridad, dándoles las pruebas mas públicas y relevantes de su aprecio y consideracion, no pudiendo por su avanzada edad y numerosa familia abandonar su país para mejorar de fortuna en Italia á la sombra de su protector, se valió del influjo de aquellos amigos para que le recomendasen á su favor y beneficencia. Al partir de Madrid le hicieron ambos hermanos las mas expresivas y magníficas promesas; y Cervantes confiado en ellas esperó hallar algun alivio en su desgraciada situacion; pero se le frustraron muy pronto tan halagüeñas esperanzas, porque los Argensolas no hicieron los buenos oficios que habian ofrecido, ni se acordaron de Cervantes, llegando este á rezelar que le hubiesen indispuesto con su protector. Por fortuna se tranquilizó luego su ánimo, disipándose estas sospechas y temores al experimentar Cervantes las liberalidades de su Mecenaz, quedando al parecer satisfecho de la conducta y proceder de sus amigos; pero entre tanto no le permitió su candor é ingenuidad ocultar sus quejas y sentimientos, aunque con expresiones tan discretas y delicadas, que mas parecen un testimonio de su respeto al virey y un panegírico de aquellos insignes poetas, que una censura del abandono de su amistad y buena correspondencia.

127. Supuso en efecto que los Argensolas no fueron conducidos por Mercurio al viage al Parnaso por hallarse empleados en obsequio del conde de Lemos; pero sin embargo el dios Apolo no solo ensalzó honoríficamente sus talentos y poesías, sino que se valió de ellas en el acto de la batalla contra los malos poetas, distinguiéndolos

en la distribucion de los premios, y encargando á Mercurio que de las nueve coronas con que se premiaba el mérito de los mas dignos, llevase á Nápoles tres de las mejores, sin duda para ceñir con ellas las sienas del virey y de aquellos dos ilustres aragoneses.

128. Bien lo comprendieron estos asi, y por lo mismo conservaron á Cervantes en toda su estimacion y en la proteccion y amparo de aquel erudito y generoso caballero; pero D. Estéban Manuel de Villegas, menos reflexivo y mas precipitado, creyendo ofendido á su maestro el rector de Villahermosa, intentó vindicarle ultrajando el mérito de Cervantes, á quien llamó *mal poeta* y *quijotista*, sin comprender que lo que él tomaba por sátira era un elogio delicado é ingenioso, y que el apodo con que procuraba injuriarle era el título mas sublime y honorífico de gloria que hasta entonces se hubiese alcanzado en la república de las letras: inconsideraciones propias, aun mas que de sus pocos años, de aquel carácter arrogante y altivo con que satirizó á Lope de Vega y á Góngora, creyendo oscurecer el mérito y las obras de estos y de los demas poetas castellanos con el resplandor y brillantez de sus *Éroticas*, asi como el sol naciente disipa las nieblas de la tierra y eclipsa la luz de los demas astros, segun lo quiso dar á entender en la alegoría y lema de la portada, y lo notó Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*. Cervantes, que habia sido apreciado como poeta en su juventud, debia serlo en su ancianidad como inventor del QUIJOTE y de otras muchas obras que fijaron su nombre con letras de oro en el templo de la inmortalidad.

129. Si esta consideracion hubiera de regular nuestras conjeturas, supondriamos que Cervantes fue uno de los individuos que componian la aca-

demia llamada *Seloage*, establecida en Madrid el año 1612, á imitacion de la que veinte y un años antes se formó en Valencia con el nombre de *los Nocturnos*; porque constándonos que concurrían á ella *los mayores ingenios de España que á la sazón se hallaban en esta corte*, ninguno podría con mas justa razon entrar en aquel número. Instituyóla en su propia morada D. Francisco de Silva, de la casa del duque de Pastrana, sugeto muy favorecido de las musas, á quien Cervantes alabó encarecidamente en el *Viage al Parnaso*, y que en efecto gozó de gran reputacion entre los poetas; de los cuales nos consta eran individuos de la academia Lope de Vega y Pedro Soto de Rojas, que se llamó el *Ardiente*, y nos ha conservado estas noticias en su *Desengaño de amor*. Ocupábanse en escribir poesías á diferentes asuntos, y en especial para alabar y encarecer aquellas obras que se presentaban á examen antes de su publicacion; y así es que en este mismo año de 1612 escribió Cervantes unos versos en elogio del secretario Gabriel Perez del Barrio Angulo, autor de la obra intitulada *Secretario de señores*, que se dió á luz al año inmediato, y en cuyos principios se imprimieron juntamente con varias composiciones del mismo Lope y Soto de Rojas y del M. Vicente Espinel, Miguel de Silveira, D. Antonio Hurtado de Mendoza, y otros amigos y panegiristas del autor.

130. Entre tanto iba disponiendo y perfeccionando Cervantes algunas de sus obras para darlas á luz. La principal fue la coleccion de doce novelas que entresacó y escogió de las que habia escrito en diversos tiempos y lugares, y que por ser las primeras que originalmente se compusieron en castellano habia procurado tantear años antes cómo las recibia el público, intercalando en la

primera parte del QUIJOTE la del *Curioso impertinente* y la del *Capitan cautivo*, aunque sin conexion ni analogía con la accion y desenlace de aquella fábula, y aun rezelando que los lectores, poniendo su atencion en las aventuras del heroe principal, no la darian á las novelas, y pasarian por ellas con prisa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, como se mostraria mas al descubierto cuando por sí solas saliesen á luz. Con el mismo objeto indicó el título de algunas otras, procurando excitar para en adelante la curiosidad pública. Quedaron por entonces satisfechos sus deseos, viendo que no solo habian sido bien acogidas en España, sino que en 1608 reimprimió en Paris César Oudin la del *Curioso impertinente* al fin de la *Silva curiosa* de Julian de Medrano, y la publicó al mismo tiempo separadamente traducida al frances para instruccion de sus discípulos; y esto y el ver correr algunas en copias, aunque incorrectas, con aprecio entre las gentes cultas, debió alentarle á dar á todas la última mano para solicitar su impresion, como lo hizo á mediados de 1612, y publicarlas hácia fines de Agosto del año siguiente, dedicándolas al conde de Lemos por medio de una carta digna del mayor aprecio por la urbanidad, gratitud y moderacion con que está escrita.

131. Cervantes habia visto el aplauso con que corrian estas composiciones en Italia, principalmente las del Bocacio; pero advirtió que sin embargo de su estilo encantador, y de la elegancia, pureza y singulares gracias del language, que las hacian tan apreciables, eran por otra parte en gran manera nocivas y perjudiciales á las costumbres por la indecencia, obscenidad y libertinage de las ideas y argumentos. Procuró pues corregir este abuso, y adoptar en su plan aquellas acciones que